

fécto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud: la perfección de la piedad es el *amor*. Ahora bien; el verdadero amor, ó lo que es igual, «la perfecta caridad, echa fuera el temor,»¹ el temor servil. La caridad no conserva el temor, sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto del amor*. El temor servil, ó más bien cerval, de Dios es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazón, destruye el amor y la confianza, seca los más generosos sentimientos, y arroja á las almas al vacío y á la desesperación.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso Doctor del siglo cuarto se pregunta: «¿Cuál es más humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces?» Y responde sin vacilar que es más humilde el que recibe más á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria y de que siente más la necesidad de remediarla.

Ánimo, pues, y confianza; vé á Jesús, puesto que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á Él con humildad, ternura y sencillez, y fija más tu con-

¹ Perfecta charitas foras mittit timorem, (I *Jorn.* IV, 18).

sideración en el amor que te tiene Dios que en tus propias miserias: que cuanto más comulgarás, más digno serás de comulgar.

III

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresión.

Que no cause impresión á la imaginación y á los nervios, es posible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada día como testigo á las asombrosas y admirables transformaciones que la Comunion frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la Comunion no se van á buscar sino las dulzuras de una devoción sensible, acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que más se frecuente el Santísimo Sacramento..... Pero en la Comunion no hemos de ir á buscar una devoción sensible, lágrimas é impresiones: si Dios nos las da, demosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le da después de la comida; pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan de ser un accesorio de la comida, así también en la vida espiritual y devota, y en la Comunion, que es el

grande acto de la misma, debemos poner la mira en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas, de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegación y de la caridad, y no dar demasiada importancia á los consuelos sensibles, que en su último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.

«No os engañe el pensar que tendréis más devoción cuando comulgaréis con menos frecuencia, dice San Alfonso. No hay duda que come con más apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy lejos de tener las fuerzas del que hace sus comidas á horas regulares. Si comulgais pocas veces, acaso os sintáis más conmovidos, acaso vuestra devoción sea algo más sensible; pero no creais por eso que vais á sacar más provecho de la Comunión, porque á vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.»

No des, pues, demasiada importancia á un fervor algo más sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras más elevadas; proponte por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Jesús, y lo conseguirás siempre. Cuando comulgares para ser más fuerte en las tentaciones, para ser más casto, más dado á la oración, más animoso en los combates de cada día, puedes tener la seguridad de que sacarás gran provecho de tus Comuniones, y de que cuánto más frecuentes sean, tanto más *efecto* te producirán.

IV

Temo familiarizarme con las cosas sagradas

Este temor puede ser bueno, como puede dejar de serlo. Si por *familiaridad* entiendes negligencia y rutina, tu temor es justo.

La rutina es á la buena costumbre lo que el abuso al uso. Conviene usar de las cosas buenas, no abusar; pero tampoco conviene que el temor del abuso nos impida el uso. De otra suerte no se podría hacer nada, porque se puede abusar de todo. Guárdate, pues, cuidadosamente de la rutina en las cosas que son del servicio de Dios.

Mas si por familiaridad entiendes intimidad, unión habitual, tierno abandono y dulce confianza, harías muy mal en cerrar la entrada de tu corazón á un sentimiento tan digno de las consoladoras verdades de nuestra Religión.

Al aconsejarnos la Comunión frecuente, la Iglesia nos exhorta á la verdadera familiaridad con Nuestro Señor, que es nuestro amigo celestial, y cuyo amor se concilia maravillosamente con el respeto.

¿Quién ha profesado más profundo respeto á Dios que los Santos de todos los siglos? Y sin embargo, ¿no le han amado siempre con la más tierna é íntima familiaridad? Y sin remontarnos tan alto, de los cristianos que conocemos, ¿quienes son los que

respetan más de veras á Dios, y su ley, y sus Sacramentos, sino los que los frecuentan con más asiduidad?

No solamente no debes temer familiarizarte con Jesucristo, *habituarte* á frecuentar el divino Sacramento, sino que debes procurar con el mayor empeño adquirir y fomentar esta santa costumbre. Los buenos hábitos son tan de desear como peligrosos son los malos.

Puédese afirmar que nadie es verdadera y sólidamente cristiano, sino cuando el servicio de Dios ha llegado á ser para él un hábito, una segunda naturaleza; ahora bien, la sagrada Comunión es el centro del servicio de Dios. «Un día sin Misa y sin Comunión es para mí como un plato sin sal,» me decía una vez un excelente servidor de Dios protestante y convertido.

Acostúmbrate á comulgar, á comulgar bien, y para ello comulga con frecuencia. «No se hacen bien dice San Francisco de Sales, las cosas que no se hacen á menudo, y los mejores oficiales son los más prácticos en las cosas de su oficio.»

V

No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento

Y ¿quién te pide esa perpetua confesión? La Iglesia que nos exhorta encarecidamente á comulgar á menudo, y hasta si posible es, á comulgar cada día; nunca nos ha impuesto la obligación de confesarnos cada vez que comulgamos.

No hemos de ser más católicos que el Papa; no hemos de crearnos obligaciones que, lejos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aún más, añado que en el caso presente tu temor es opuesto al principio de la Iglesia. No hay más que un caso en que, según el Concilio de Trento, haya obligación de confesarse antes de comulgar; á saber: cuando se tiene conciencia de haber cometido un *pecado mortal*: *Sibi conscius peccati mortalis*.¹ Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia á los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca á aquellas faltas menos graves que se llaman veniales y que son inherentes á la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que quedan *completamente* borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento; y para facilitar-

¹ Conc. Trid., sess. 13, cap. VI.

nos todavía más esta purificación, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de *Sacramentales*, medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias; tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el *Padre nuestro*, el *Confiteor* en la Misa, etc.

Y si después de esto titubeases aún en comulgar á causa de algunos pecados veniales que hubieses cometido desde la última confesión, oye al Concilio de Trento, la gran voz de la Iglesia católica, declarar que «la sagrada Comunión preserva del pecado mortal y borra las culpas veniales.»¹

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio: no fué instituida la confesión para borrar tus faltas de cada día, sino la Comunión, esa Comunión á la que tienes tanto miedo. Las *culpas cotidianas*, con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja: el fuego no consume las piedras ni el hierro, pero sí devora y consume la paja. Ahora bien, las piedras y el hierro son los pecados mortales que sólo puede desmenuzar y reducir á polvo el rudo martillo de la confesión; la paja son esas faltas menos graves que por desgracia cometemos cada día, á pesar de nuestros buenos deseos.

¹ Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis et à peccatis mortalibus præservemur. (*Conc. Trid., sess, 13, c. II.*)

El jansenismo es el que introdujo entre nosotros este temor anticatólico que, bajo pretexto de mayor santidad, ensalza la confesión á expensas de la Comunión, nos fatiga con una carga abrumadora de escrúpulos, falsea nuestras conciencias, y contenernos *respetuosamente* alejados de la Eucaristía, foco vivo y fuente de toda santidad, hace las delicias del diablo.

Si Dios reina en tu corazón, comulga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, á pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fuéses á encontrar muy á menudo á tu confesor, podrías tener acaso temor de cansarle; pero yendo á comulgar á menudo y aun cada día, no cansarás á Jesús, que tanto te ama: te lo aseguro.

VI

No se puede comulgar sin preparación, y no tengo tiempo para prepararme del modo debido

La cuestión no está en saber si se puede comulgar sin preparación; claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse á la ligera é incosideradamente. La falta de preparación lleva á la tibieza y hace, no sólo inútiles, sino hasta peligrosas, las más excelentes prácticas religiosas. Si, no hay duda, debemos prepararnos, y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la sagrada Eucaristía: más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy

bien, debemos humillarnos á la presencia de Dios y pedirle encarecidamente que se digne suplir con su misericordia los defectos de nuestra preparación.

Pero ¿en qué consiste esta preparación? ¿Será *necesario* multiplicar las prácticas de piedad, ó hacer largas meditaciones? De ningún modo: muy bueno y laudable es todo esto, y hasta *necesario* para el que tiene tiempo; mas no todos le tienen. La Iglesia, que nos exhorta á todos, cualquiera que sea nuestra condición, á comulgar con frecuencia, es la primera en decirnos que ante todo debemos cumplir con las obligaciones de nuestro estado.

¿Qué debemos, pues, hacer para disponernos bien? Vivir cristianamente, es decir, orar atenta y devotamente, elevar con frecuencia nuestro pensamiento á Dios, mantenernos interiormente unidos á Él, vigilar nuestro génio á fin de evitar las faltas ligeras, dedicarnos valerosamente al cumplimiento de todos nuestros deberes para agradar á Dios, y ejercitarnos en la práctica de la humildad y de la mansedumbre. El género de vida que llevamos, esa es la verdadera preparación para la sagrada Comunión; así como la verdadera acción de gracias está en el buen empleo de las horas del día después que nos hemos alimentado con el Pan de los Ángeles.

¿Qué es lo que te impide obrar así? ¿Se necesita mucho tiempo para pensar en Nuestro Señor y para amarle? ¿Necesitas mucho tiempo para conservarte puro y bueno y para proponerte en todas tus accio-

nes un fin cristiano que las santifique? ¿Necesitarás mucho tiempo para consagrar todos tus pensamientos, afectos y deseos á la mayor gloria de Dios? No se necesita más tiempo para ser bueno que para ser malo, ni para vivir por Jesucristo que para vivir por el mundo.

«La Comunión frecuente, dice Cornelio Alápide, es la mejor preparación para la Comunión. La Comunión de hoy es una acción de gracias de la de ayer y la mejor preparación para la de mañana..... Con la Comunión sucede lo mismo que con la oración: cuanto más se ora, mejor se ora y más gusto se halla en orar.»

«Así, añade San Alfonso, aun cuando no hayas tenido tiempo para prepararte porque te lo haya impedido una obra buena ó una obligación de tu estado, no dejes por eso de comulgar. Basta con que procures evitar toda conversación inútil y toda ocupación no urgente.»

No es esto decir que deban omitirse las oraciones y los ejercicios de piedad que constituyen la preparación inmediata, así como la acción de gracias también inmediata para la recepción del augusto Sacramento. No, la preparación y la acción de gracias inmediata son del todo necesarias, como nos lo enseña el Papa Inocencio XI, y con él todos los Doctores de la Iglesia y todos los maestros de la vida espiritual. Sin ellas, bien pronto debilitaríase en nuestros corazones el sentimiento de respeto á la sagrada Eu-

caristía, y no tardaría en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con lo necesario, y suplámos con nuestro fervor y devoción las horas que no hayamos podido dedicar á la preparación.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introducción* la línea de conducta que seria de desear que todos nosotros observásemos. «La vispera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana, al despertarte; saluda de antemano al divino Salvador que te está aguardando. Al ir á la Iglesia, ofrece tu Comunión á la Santísima Virgen, y recibe luego con el corazón lleno de amor á Aquél que se da por amor.»

Persuádate de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees de veras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres, cuando estos sabían que había cumplido con

sus deberes religiosos: pues bien, este niño se las componía tan bien, que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salía secretamente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada día, tanto en Invierno como en Verano, á misa primera, á fin de que, estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad, inspírate en iguales sentimientos de fe y amor, y también tu encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.*

VII

Mas al comulgar mi corazón se queda frío é insensible; estoy distraído y no siento el menor fervor, la menor devoción

Cuando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de aquel que había entrado en su barca, se arrojó á los piés de Jesús, y le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum.* «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pe-